



12 VI - 911

## RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y PORTUGAL

### LA INFLUENCIA INTELECTUAL

Es frecuente oír en España que Portugal es un pueblo profundamente anglicanizado, que es una verdadera colonia de Inglaterra, etc., etc. Y esto no es verdad sino muy parcial y muy superficialmente.

Aparte de la influencia que Inglaterra pueda ejercer en la vida internacional del Estado portugués, la influencia inglesa en Portugal no pasa de ciertas exterioridades; no va mucho más allá del uso del té, del *lawn-tennis*, de tal ó cual forma de deporte ó de costumbre social de *high-life*.

La influencia al parecer aquí casi únicamente dominante es la francesa. El Estado para conservar su sombra de independencia se arrojó en brazos de Inglaterra y las clases ilustradas, acaso huyendo de que su espíritu fuese absorbido por el espíritu general ibérico ó por temor á nuestros tan decantados fanatismo y oscurantismo españoles, se echaron de bruces en el cauce de la cultura francesa, pero de la cultura francesa de exportación, de la más superficial, anegando en él su propio espíritu.

La gente que aquí lee algo que no sea portugués quiere hacer creer que lee francés ó cosas del francés traducidas.

El *alcanismo* es aquí una enfermedad que hace estragos, como lo fué en un tiempo el victorhuguismo. Los más de los portugueses cultos, semi-cultos y pseudo-cultos, no ven más allá de París y añádesese á esto que no es raro encontrar quien sale á la calle con su libro francés en la mano y para leer el español lo hace en su casa y á hurtadillas. En una cátedra de historia se estudia por libros de Cajal... traducidos al francés, y me he encontrado aquí con un sujeto que me aseguraba pás-mense ustedes! que les era más fácil aprender el francés que no el español, sin duda por no tener aquel jota.

En el orden literario y entre las personas que leen se conoce mucho más lo portugués en España que no lo español en Portugal.

Entre nosotros anda traducido y goza de bastante favor en el público que lee Eça de Queiroz. Y aquí, en Portugal, ¿cuál creen mis lectores que es el escritor español más leído? Pues es Pérez Escrich.

Pocas cosas enseñan más que los catálogos de las librerías. Yo los recorro siempre con interés. El otro día me hice con unos cuantos de ellos en Oporto y me dediqué luego á estudiarlos. La enseñanza que de ellos he sacado es la misma que la inspección de las librerías de viejo de Oporto y de Coimbra.

Aquí tengo, entre otros, el catálogo de la librería de Chardron, de Oporto, una de las más importantes, si es que no la que más. Me he fijado sobre todo en las obras traducidas que en él aparecen.

Las traducciones de libros que se hacen en un país cualquiera, no sólo en éste, pueden dividirse en cuatro grandes capítulos y son: 1.º libros de texto ó de cuestiones técnicas; 2.º libros más ó menos pornográficos, verdes, obscenos ó subidamente alegres; 3.º novelas melodramáticas de folletín, de cosas en que el interés supera al arte, y 4.º libros de propaganda sectaria en uno ú otro sentido. Voy á dejar ahora los dos primeros capítulos.

El tercero, el de las novelas folletinescas, las novelas llamadas novelescas, las de enredo y sobre todo sensiblería, da aquí, en Portugal, un gran contingente. Los portugueses gustan mucho de que los hagan llorar; tienen casi todos en en mayor ó menor grado la pedantería del sentimiento. Son mas sentimentales que conceptuosos. Su escritor popular es Camilo Castello Branco, autor de una

porción de novelas fuertemente sentimentales, de una pasión encendida, escritor de gran valía, de evidente talento emocional, pero de quien otro de los más grandes escritores de su país me dijo un día que no enriqueció con una sola idea nueva el caudal de las ideas de Portugal. Camilo no escribía con ideas sino con emociones. Su fuerza patética es grande y honda, grande su fuerza satírica, pero cuando se pone á filosofar es lamentable. Le salva siempre el corazón. El mismo defendía, y con ingenio, su modo de ser y de escribir.

En el catálogo de la librería Chardron figuran traducciones de dos novelas de Wenceslao Aygnals de Izco, autor de aquella *Maria, ó la hija del jornalero*, tan famosa en sus tiempos como olvidada hoy en España, una de D.<sup>a</sup> Maria del Pilar Sinués de Marco, una de D. Torcuato Tárrago y Mateos, una de D. Francisco Navarro Villoslada—la excelente novela histórica *Doña Blanca de Navarra*—cinco de D. Manuel Fernández y Gonzalez, y cincuenta y tres—cincuenta y tres novelas—de D. Enrique Perez Escrich. Este es el novelista español contemporáneo—contemporáneo? á los españoles se nos aparece ya como casi un fósil literario y murió todavía ayer—más popular en Portugal; se le encuentra aquí en catálogos y librerías de viejo.

No he visto traducciones ni de Valera, ni de Pereda, ni de Alarcón, ni de Palacio Valdés, ni de la Pardo Bazán, lo cual no quiere decir que no las haya. Pero no en lo que he visto. De Perez Galdós figura... alguna de sus grandes novelas de su mejor época? no! la *Electra*, lo peorcito de su repertorio y ello por su significación político-religiosa. Tampoco he visto ni *La Barraca*, esta obra de arte definitiva, ni *Cañas y Barro*, de Blasco Ibañez, y sí aquel libro tan endable que se llama *La Catedral*, tejido de buenas soflamas progreseras pero muy del gusto anti-clerical portugués.

Y es que después del interés tan poco estético que despiertan los novelones fo-

lletinescos, patéticos ó sensibleros al modo de los de Perez Escrich, lo que se busca es satisfacer sentimientos sectarios.

Entre las obras españolas tendenciosas, en un sentido ó en otro, traducidas al portugués, figura un libro de Fernando Garrido, publicista muy leído en España hace cuarenta años, y que se titula *Pobres jesuitas!*

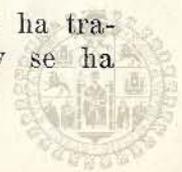
El anti-jesuitismo es una de las manías de la intelectualidad portuguesa; aquí persiste, con más fuerza aún que en España, la leyenda de los jesuitas. Como ellos fueron durante el siglo XVIII los tiranos de la educación en Portugal, ellos los maestros, ellos los directores, los que forjaron entonces la mentalidad de este pueblo, los ven por todas partes. Todo se les antoja influencia jesuítica y aquí cobran crédito todas las fantasías que corren respecto á su poderío. A portugueses verdaderamente cultos les he oido prestar asenso á las más grandes patrañas que corren á cuenta de la Compañía de Jesús, que vive más que de otra cosa de una leyenda que sus enemigos le han forjado. Hay que tener además en cuenta la credulidad de las gentes que se cchan en brazos del cientificismo, y la poca complejidad y escaso sentido crítico del espíritu portugués.

En el catálogo no faltan obras de Allan Kardcc.

Compárese ahora este catálogo ú otro cualquiera de librería portuguesa con los catálogos de las casas españolas que se han dedicado á publicar traducciones, y aún teniendo en cuenta la mucho que el público de lengua española supera en número y riqueza al público de lengua portuguesa, no dejará de notarse la diferencia. Y no tanto en la cantidad cuanto en la calidad de lo traducido.

He visto, sin embargo, otra publicación popular, á cien reis tomo, en que figuran algunas de las buenas obras de la literatura francesa contemporánea y hasta una que otra de otras literaturas.

En estos últimos veinte años se ha traducido enormemente en España y se ha



traducido de todo, bueno, malo y pésimo, traduciéndolo bien, mal y peor, pero entre tanto se ha traducido mucho que al encontrar favorable acogida en buena parte del público habla muy alto en favor de la elevación de nuestra mentalidad media.

Ya sé que podrá decirseme á esto que el público que lee es relativamente menor en España que en Portugal y que los más de los que leen pueden leer francés y no necesitan traducciones direc-

tas. Esto es verdad, pero no explica todo. Algo de eso ocurre en España. Porque aunque empecé diciendo que aquí la influencia extranjera, que en la intelectualidad se advierte, es la francesa, conviene no exagerarlo. Se presume saber francés más que se sabe realmente; esto del afrancesamiento, es una pedantería más, y una pedantería adoptada en gran parte frente á España.

MIGUEL DE UNAMUNO.

## NOTAS SEVILLANAS

### LOS AZULEJOS DE SANTA PAULA

(INÉDITO)

Desde la estrecha y polvorienta calle éntrase directamente en el corralón conventual, en el corral silencioso, discreto, lleno de sagrado musgo.

A un lado y otro, frondosos rosales cubiertos de rosas grandes y frías, como almas monjiles no tocadas por el soberano fuego, por el ósculo creador de la luz y del polen...; en los muros, ventananas enrejadas, defendidas por celosías espesas para que el sol y el aire no rompan la clausura con su embriagadora sombra de vida y su intensa vibración de Naturaleza libre y fecundante; en el suelo, húmedo tapiz de hierba aterciopelada y blanda; y, allá en el fondo, la casuca tradicional del demandadero, cobijada, refrescada por los parrales renacientes, que extienden sus tentáculos verdosos, sus sarmientos tiernos, en la clara diafanidad del ambiente sevillano.

En aquel corralón que huele á incienso frente á los rosales que surgen de la tierra fertilizada por el polvo de huesos humanos, álzase la ojiva clásica, ideal, gallarda, incomparable; la portada artística, conservada como un sagrado trozo de alma española, en la cruda intemperie

de los siglos; intacta en medio de tantas y tan bárbaras profanaciones; resistiendo, como el puro ideal, la invasora oleada de destrucción que fué nuestro mayor infortunio.

Hay que verla con el austero espíritu, con la tierna melancolía de alma con que han de verse estos rincones que hablan, que positivamente nos hablan de cosas puras y nobles; de la pureza del Arte, del genio, de la idealidad eterna, remota, que esparce su luz como lejana estrella en la extensión infinita del espacio...

Es muy humilde aquella portada del convento de Santa Paula: pero en el fondo de aquella humildad, como de alma poderosa, lucen joyas admirables, embelesadoras de ojos que saben ver, de espíritus refinados, que gustan la ambrosía deliciosa del Arte soberano, de la soberana belleza.

Los ángeles y medallones de Pedro Millán, los azulejos de Niculoso... Los azulejos de Niculoso sobre todas las cosas bellas de este relicario del Arte. El gusto fino, purísimo, de un Renacimiento casi ideal, desarrollándose con sobria viveza

